

# AQUEL QUE QUISO SER NIÑO

Cristina Febrer Nafría

El joven se apresuraba por hacer de su casa un lugar acogedor y agradable. Era una habitación sencilla, un poco desordenada, propia de un hijo del trueno. A partir de ese día acogería en su hogar a la madre de su amigo. Con prisa encendió el fuego y acercó una silla —que previamente limpió— para María. Era el nombre de la madre de su amigo Jesús, a quien aquella misma tarde habían visto morir. María se sentó, agradecida. Juan encontró un taburete para él, y se sentó delante de ella. Era la primera vez en muchas horas que se habían sentado. El peso del cansancio y del duelo por la muerte de Jesús les había dejado abatidos. Juan sentía que debía animar a María, pero no sabía de dónde sacar las fuerzas. Intentó, tímidamente, sonreírle. Debía consolarla, pero ¿cómo se consuela a una mujer que acaba de presenciar la muerte de su hijo? Antes, delante de la cruz en la que moría Jesús, la había abrazado. Pero ahora no sabía qué hacer.

Tampoco lo había sabido cuando José y Nicodemo bajaban el cadáver y lo dejaban en sus manos. Se quedó perplejo, mirando cómo ella besaba el rostro de su hijo, sin importarle las llagas ni la sangre; y es que María besó a Jesús con tanta ternura... , aun sin entender por qué él había escogido ese camino para salvar a la humanidad. En verdad, pensó, nunca lo entendió. Una imagen pasó, fugaz, por su mente; la imagen de un bebé que nació en un portal treinta y tres años atrás. En ese momento ella tampoco entendió.

El fuego crepitaba y la estancia empezaba a oler a leña. Fuera no se oía nada. Hacía unas horas que el cielo se había oscurecido y un silencio reinaba. Un silencio que recordó a María aquella noche en el portal de Belén. En sus ojos asomaron unas lágrimas que no llegaron a caer. Eran casi imperceptibles pero, aun así, Juan se fijó en ellas. Tras vacilar un poco, al fin se atrevió a pedirle que le contara cómo fue aquella primera vez que sostuvo a Jesús en brazos. Había estado dándole vueltas en su cabeza a esta pregunta todo el camino del sepulcro a casa.

—Fue precioso, Juan. El mejor momento de mi vida —a María se le iluminaron los ojos—. Llevaba nueve meses pensando en cómo sería y, aun así, me sorprendió. Jesusito nació grande, muy bien hecho, con unos mofletes para comérselos. José y yo lo vimos y no pudimos contener las lágrimas. Era nuestro hijo... ¡y era Dios! Si alguien en ese momento me contara todo lo que haría ese bebé, no podría creérmelo.

Juan escuchaba admirado. A veces tenía que recordar que Jesús también fue un niño, que Dios quiso ser un bebé.

—Hijo mío, yo era una cría. Tan solo tenía quince años... Suerte que José compartió aquella aventura conmigo. ¡Tuvimos que ir hasta Belén en una mula! —María rio—. Gracias a Dios nos pilló de jóvenes. ¿Te imaginas ir ahora a esta edad hasta Belén en una mula? Y además llegamos al pueblo y no había una sola posada libre. ¿Cómo es Dios, eh? Le gusta ponernos a prueba. Tuve que dar a luz en un establo. Y yo que creía que daría a luz en casa, al lado de mi madre, y podríamos dejar a Jesús en la cunita que le hizo José con tanto cariño, arroparlo con telas limpias... Pues no, Dios quiso que su hijo naciera en un lugar frío y sucio. Pero ¿sabes qué? Una vez vimos el rostro de Jesús, nada nos importó. Solo queríamos mirarlo, acariciarlo, mimarlo.

Sus facciones, que parecían haberse animado con el relato, de repente cambiaron:

—Juan, me cuesta pensar que hoy le he visto morir. Hoy solo lo he podido acariciar una vez muerto. No he podido agarrarle la mano mientras moría, no he podido susurrarle al oído que le quiero, como cuando nació.

Una lágrima resbaló por la mejilla de María. Juan le cogió las manos y las acarició. Se miraron y sonrieron. Cómo era Dios que, aun el día de su muerte, no paraba de sorprender a María. Aun muerto, no la dejaba sola, porque había querido regalarle la escucha y la compañía de Juan.

Y madre e hijo pasaron el resto de la tarde junto al fuego. María contó mil historias de la infancia de Jesús. Y Juan escuchó ensimismado, dando gracias por poder cuidar a la madre de aquel que quiso ser niño y nacer en un portal de Belén.

*Navidad 2020*

*Este relato ha sido publicado en la segunda Antología navideña de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra.*

*Quiero darle las gracias a Jaime Nubiola por ayudarme a corregir y mejorar el relato, y a Alejandro, Ainboa, Laura y Mireia por sus consejos.*

*Que la Luz de Aquel que quiso ser niño ilumine vuestras vidas. ¡Feliz Navidad!*